

قانون الدولة (*) o Pueblo

(*) Ley

Un relato sobre memoria y libertad

Un espejo para los que no quisieron comprender

Autor: El Fernández

Contenido

| | |
|---|----|
| Título: Ley o Pueblo | 1 |
| PRÓLOGO | 3 |
| Capítulo I — La voz del exilio..... | 4 |
| Capítulo II — Los Observadores | 8 |
| Capítulo III — La Opinión Pública | 10 |
| Capítulo IV — La Cláusula Técnica..... | 12 |
| Capítulo V — El Ultimátum | 14 |
| Capítulo VI – La Noche previa al Referéndum..... | 17 |
| Capítulo VII — El día de la consulta..... | 19 |
| Capítulo VIII — El mensaje del Rey Hassan VI..... | 21 |
| Capítulo IX – El Juicio de los Doce | 24 |
| Capítulo X – El Éxodo de Toledo..... | 26 |
| Capítulo XI — Las celdas de Al-Kalat | 28 |
| Capítulo XII — La esperanza | 30 |
| Epílogo | 33 |

PRÓLOGO

Año 2036. España pierde su independencia tras una brutal cadena de sucesos que llevan al anuncio en 2037 del decreto de Nueva Base momento en que se inicia un nuevo modelo de organización administrativa absolutista y que respondía al deseo del Rey de Marruecos de hacer una administración más homogénea de todos los territorios de esa monarquía árabe.

Aquel decreto era en sí mismo el arma legal que legitimaba las políticas de represión de los ciudadanos y establecía como principal directriz la aniquilación de la identidad española, a partir de la eliminación de todas sus instituciones y leyes y de la imposición del idioma árabe como única lengua de relación en la antigua España. Se propone doblar la voluntad española y borrar sus rasgos identitarios a partir de tres ejes: el institucional, el cultural y lingüístico y el económico.

Las instituciones fueron sustituidas (ahora el pueblo ya no será fuente de poder ni de forma directa ni indirecta, la ley emana del monarca, que es quien tiene la potestad exclusiva de otorgar y de suprimir normas) y las personas que ahora ocupan su administración han recibido instrucciones muy concretas de usar sólo la lengua árabe.

La Superintendencia será la organización encargada de drenar los recursos económicos de España hacia el Magnífico Estado Al-Ándalus Renovado (también conocido como M.E.A.R. para alimentar las arcas del monarca a partir de la implantación del decreto. El impuesto del Real Catastro será la herramienta que permitirá el expolio. El impuesto se divide en dos: el conocido como 'real' grava las propiedades inmuebles y las rentas que genera; mientras que el 'personal' grava las rentas del trabajo y los beneficios del comercio y la industria. Las aportaciones económicas de los españoles servirán, entre otras cosas, para financiar la expansión y la calidad de vida de las zonas más pobres del Magnífico Estado Al-Ándalus Renovado) y en el futuro se vestirá como *cuota de solidaridad interterritorial*, aunque desde su origen nació como un expolio en toda regla.

El artículo 30 del decreto suprimía la división territorial de España en comunidades autónomas y provincias y la sustituía por doce regiones que pasaron a llamarse 'corregimientos'. La principal ocupación y de los corregidores ya no son los asuntos administrativos de carácter local, sino el control de la población y la ejecución de la represión en el ámbito local. En consonancia con lo que se hace en otros ámbitos, los corregidores se convierten en promotores de la lengua árabe y tienen la obligación de perseguir a todo el mundo que hable en español, aunque deben hacerlo utilizando "*las providencias más templadas y disimuladas para que se consiga el efecto, sin que se note el cuidado*". La frase desmiente lo que casi 300 años más tarde dirá Hassan VI, "*que el árabe nunca ha sido lengua de imposición*".

Ese decreto supuso la defunción de todos los derechos propios de España. Sólo el ánimo de resistencia de los españoles a lo largo de casi 3 siglos ha permitido que la conciencia de nación haya permanecido intacta hasta el 12 de octubre de 2327...

Capítulo I — La voz del exilio

11 de septiembre de 2327

En Noviembre de 2275 — ya hace más de 50 años — murió el Imán Khau Dilho, que en sus más de 40 años en el poder estuvo especialmente intolerante con cualquier aspecto de la identidad hispana. Algunos historiadores especulan con que la raíz de su nivel de frustración con aquellos que eran distintos —“infieles”— estaba relacionado con haber nacido con un solo testículo. A su muerte, M.E.A.R. inició un proceso de aparente apertura que culminó con su integración en Confederación Europea de Naciones Libres, también denominada la Casa del Norte.

Y, desde hace ya bastantes años, las calles de las antiguas provincias españolas se han ido llenando de mareas silenciosas. Eran marchas “por la cultura gastronómica”, “por la memoria patrimonial” o “por la hermandad peninsular”, autorizadas por el Ministerio de Devoción Cívica bajo el argumento de que fomentaban la cohesión multicultural del Califato Occidental. Nadie ignoraba, sin embargo, que aquellos pañuelos gualdos y rojos dibujaban sobre los puentes y avenidas la silueta prohibida de una bandera antigua.

En Toledo, miles de personas levantaron cucharas de madera como símbolo de identidad; en Valladolid, un coro improvisado entonó viejos romances castellanos bajo el lema “Cantar también es orar”; en Madrid, la marcha “por el aceite y la palabra” reunió a más de un millón de ciudadanos que, de manera coreografiada y legal, trazaron una inmensa espiral humana en torno al río Manzanares.



Pero el acto más imponente fue la Gran Cadena Hispana por la Dignidad, una línea ininterrumpida de manos unidas que recorrió el país desde Finisterre hasta Garrucha, cruzando montes, ríos y ciudades durante dos días y dos noches. Participaron más de trece millones de personas, todas vestidas con camisetas rojigualdas, sin consignas y casi sin banderas, solo el silencio compartido de quienes sabían que estaban escribiendo —con sus propios cuerpos— una página de la historia que el Magnánimo Estado Al-Ándalus Renovado jamás admitiría haber autorizado.

Los drones del régimen sobrevolaban en silencio, registrando los rostros de todos, pero no podían captar la emoción colectiva que se extendía como una corriente subterránea. Cada pancarta aprobada por la censura del Tribunal Supremo de la

Sharía Constitucional, contenía entre líneas, un doble sentido; cada grito permitido llevaba, en el aire, una sílaba de desafío.

Las manifestaciones eran, oficialmente, actos de unidad cultural; en realidad, se habían convertido en ensayos de libertad.

El M.E.A.R., desbordado, llegó a la ridiculez de prohibir las camisetas de color amarillo o de color rojo, así como la venta de cucharas de madera e incluso del aceite. Cualquiera de estos objetos era requisado en batidas anónimas en las calles, estadios de fútbol, bazares e incluso hogares.

En el refugio diplomático que la Confederación Europea de Naciones Libres, también llamada «Casa del Norte», un hombre revisaba papeles con la misma paciencia con la que un jardinero poda los rosales. Ya no era Jesús Gómez De Lara; ahora debía llamarse Quino Aguirreñón. El nuevo nombre combinaba dos referencias: el nombre de un famoso militar español del siglo XXI, la raíz vasca de «Aguirre», memoria de revueltas antiguas, y un eco montañés de quienes viven por cumbres y refugios. Además, contenía un acento y la letra ñ, lo que le daba un peso simbólico enorme. Era un nombre de excusa y de promesa; nadie fuera del círculo íntimo lo pronunciaba sin emoción.



Tenía sobre la mesa un sobre de papel sin membrete. Dentro, cartas de varios presos: unas firmadas, otras anónimas, todas con un mismo tono de despedida. Algunos le pedían que las hiciera públicas, otros le rogaban que las destruyera para no comprometer a sus familias.

Aguirreñón leía una, la doblaba y la pasaba al montón de “quizá”.

Sabía que si las publicaba, el mundo vería la crudeza del régimen; si las guardaba, seguirían siendo un secreto entre víctimas.

En esa indecisión había más peso que en cualquier discurso: el dilema de quien lucha por la verdad, pero también por proteger a los suyos.

A veces pensaba que la historia le había condenado a elegir entre mostrar el dolor o preservar la dignidad de los que aún respiraban dentro de las celdas.

Hablabía poco en público; sus palabras, cuando salían, tenían el peso de quien sabe que la diplomacia es un arte de hilos tensos. Desde el exilio, construyó una red doble: por un lado, el apoyo formal y cauteloso de ciertos gobiernos dispuestos a presionar en los foros internacionales por “garantías democráticas”; por otro, acuerdos discretos con potencias que veían en la causa una palanca geopolítica —Estados Unidos y la red de agencias de influencia en el Atlántico, Israel y su lobby humanitario, los países nórdicos

con su fervor por los procedimientos. No todo el mundo estaba dispuesto a romper definitivamente con el M.E.A.R., pero había alianzas parciales, cartas firmadas, promesas de observadores internacionales. Era poco, pero era suficiente para convertir una idea en posibilidad.

Tenía además otra arma: la narrativa. En entrevistas clandestinas, en comunicados subidos a servidores extranjeros, contaba la historia de su pueblo con ironía y ternura. No pedía venganza; pedía un referéndum. «*Un procedimiento, no una bala*», repetía. Y esa fórmula sembró dudas en capitales que hasta entonces habían guardado silencio.

Durante meses, trabajó con equipos legales para diseñar un protocolo que pareciera técnico y neutral: observadores internacionales, garantías de seguridad, cláusulas que respetasen la Constitución Musulmana de 2114 en la forma y que aseguraran que cualquier proceso no fuera un pretexto para desestabilizar la región. Era —en términos diplomáticos— una propuesta ambiciosa: preguntar a una supuesta mayoría enorme de ciudadanos, casi milagrosa en su silencio, si querían separarse del M.E.A.R.. Una tormenta política en ciernes.

En público, los gobiernos grandes continuaron declarando su respeto por la Constitución y la unidad. En privado, algunos ministros aceptaron el lenguaje técnico de Aguirreñón: «*Una consulta supervisada, con observadores, que permita a la comunidad internacional verificar la voluntad del pueblo.*» Era un eufemismo con dientes afilados: una puerta por la que colarse en el mecanismo de decisión.

Mientras tanto, desde las cárceles, las noticias llegaban en fragmentos. Los «domados» del España Resistencia y Compromiso (E.R.C.) habían dejado de proclamar rebelión; sus nombres aparecían en programas culturales patrocinados por el Estado como “antiguos errores”. Pero en las redes clandestinas, la figura de Quino Aguirreñón crecía: había su imagen en los balcones del exilio, en las mantas de los refugiados que huían a zonas neutrales, en los versos que los presos murmuraban antes de dormir.

Aguirreñón mira desde el balcón de la Casa del Norte sobre un canal iluminado. En su mano, un papel arrugado: una carta de Sonia, arrancada de la pared de su celda, con la frase tallada que decía “*No luchamos por volver al pasado, sino por tener uno propio en el futuro.*” Quino la guardaba como quien guarda una llama.

A veces, cuando el silencio lo permitía, Quino recordaba el olor del pan recién hecho en su barrio de infancia. Su madre le enseñaba palabras juntando migas sobre la mesa: libertad, futuro, dignidad.

—Las palabras son como el pan —decía ella—. Si no se comparten, se pudren.

Aquel recuerdo era su gasolina secreta. No siempre hablaba de ello. Prefería ser visto como estratega frío, pero dentro seguía siendo un niño que aprendió que el idioma de la casa era el idioma del alma.

A veces, al amanecer, una señal pirata rompía la uniformidad del dial.
Una voz leía un poema breve, en castellano, sin firma:
—La lengua que calla no muere: se afila.

Duraba menos de veinte segundos antes de ser cortada. Bastaba.

Apaga la luz. Afuera, la ciudad respira.

Y, dentro, alguien toca una vieja tonada en castellano de lo que en su día se conoció como el chotis *Madriz, Madriz, Madriz*, eco de un pasado popular y ahora, proscrito.

Capítulo II — Los Observadores

Del 25 al 28 de septiembre de 2327

Bruselas-2 no tenía amaneceres; tenía protocolos. A las 06:00, los canales encendían su luz artificial, y las lanchas-tranvía se deslizaban con puntualidad religiosa. En la Casa del Norte, Aguirreñón aguardaba en una sala sin banderas. Era la única forma de que los invitados entrasen sin dejar huella.

Llegaron a deshora, como quien no quiere ser visto ni por su propia sombra: una diplomática noruega con bufanda de lana incluso en verano; un vicesecretario adjunto de Estados Unidos que hablaba en acrónimos; una jurista israelí de ojos atentos; dos parlamentarios de un país báltico que nunca alzaban la voz. Se les unió, en remoto seguro, un grupo de funcionarios invisibles de la Confederación Europea, expertos en misiones de verificación.

—No busco romper su equilibrio —dijo Quino Aguirreñón—. Busco un procedimiento verificable. Un procedimiento verificable —repitió Aguirreñón—, sin propaganda ni símbolos. Solo hechos.

La jurista israelí frunció el ceño.

—Los hechos necesitan un marco legal. Si el proceso no está amparado por la ley del M.E.A.R., se considerará nulo y a ustedes, criminales.

El vicesecretario estadounidense sonrió con un gesto cansado.

—Doctora, en política internacional la legalidad siempre llega después de la realidad. Si conseguimos imágenes, urnas y recuentos, ya tendremos legitimidad suficiente para discutir la ley.

—Esa es la lógica del caos —respondió ella.

—Esa —replicó él— es la lógica de la historia.

Aguirreñón no intervino. Observaba la discusión como quién ve chocar dos trenes que quizá, con suerte, abran un túnel. Sabía que, entre el legalismo y la realpolitik, debía abrirse paso un tercer camino: el de la credibilidad.

La jurista israelí apoyó el bolígrafo sobre la libreta.

—Observadores —resumió—. Registro de urnas. Auditoría del censo. Protocolo de cadena de custodia. ¿Y el marco legal?

—En la forma, respetaremos la Constitución Musulmana de 2114 —respondió Aguirreñón—. En el fondo, la someteremos a su propio espejo: si la ley es un pacto, puede ser revisada por quienes la sostienen.

El estadounidense entornó los ojos.

—Hará falta **legibilidad**. Números, sellos, firmas. Nada de romanticismo.

—Tendrán todo eso —dijo él—. Y algo más: una mayoría silenciosa que lleva siglos esperando invocar su nombre.

Al terminar, los visitantes salieron sin girarse. Una hora después, en un servidor oscuro, apareció el primer borrador: *Misión de Observación Plena para Consulta Interna Supervisada*. Un eufemismo con dientes.

Esa misma noche, en Toledo, un cartero dejó un sobre bajo una puerta. Dentro, Sara Alarcón leyó: “*Vendrán ojos que no parpadean. Preparad los lugares.*” Por primera vez, la palabra *observadores* tuvo la temperatura de la esperanza.

Capítulo III — La Opinión Pública

Del 29 de septiembre a 3 de octubre de 2327

El régimen respondió con música. No con la de bandas militares, sino con melodías pegadizas en árabe moderno: coros de niños cantando las canciones *La unidad es la paz*, o bien *Cara a la luna*, madres agradecidas a la *Ley de Pureza Lingüística* por “proteger a sus hijos del caos”. Pantallas en los bazares repetían, cada veinte minutos, testimonios de “domados” que supuestamente habían encontrado en el abandono del castellano una forma de felicidad.

Pero la ciudad era más testaruda que un estribillo.

En Madrid, un vendedor de castañas gritó su pregón en castellano una vez al día, a la misma hora, bajo el ruido de los drones.

En Zaragoza, una maestra jubilada abrió un taller de “caligrafía culinaria”: recetas escritas a mano, verso a verso, para enseñar a sus alumnas a recitar lengua y pan.

En Valladolid, los viejos cantaron coplas sin letra; quien supiera, completaría el texto en silencio.

En Toledo, Sara convirtió el Hospital Viejo en seminario informal de ciudadanía: a cada paciente le entregaba una tarjeta con tres preguntas simples: *¿Qué temes? ¿Qué recuerdas? ¿Qué te gustaría que eligiera tu nieta?*

Los Guardianes de la Fe multiplicaron redadas, pero la obediencia comenzaba a parecer teatro; de día se asentía, de noche se recordaba. Las redes clandestinas circularon un fragmento grabado de forma rudimentaria: Sonia Quiles recitando, desde una prisión que no mostraba su nombre, un artículo inventado de una constitución que no existía:

—*Ninguna ley será legítima si, en su letra o en su espíritu, pretende amputar la libertad y la lengua en que un pueblo se reconoce.* El pitido de censura tapó las palabras, pero no sus labios. Bastó para que la frase se aprendiera de memoria. En los mercados, la repetían como si fuera una receta.

En un patio escolar, un niño preguntó en voz alta:

—¿Por qué mi abuela me dice palabras que el libro dice que no existen?

La maestra lo miró con ternura y miedo a la vez.

—Porque hay cosas que los libros aún no recuerdan —respondió en un susurro casi invisible.

El niño sonrió, como si hubiera encontrado un tesoro enterrado en una sílaba.

Mientras tanto, los portavoces oficiales mostraban al conocido activista independentista Julián Abascal dando las gracias por su “reeducación”; la toma era impecable, pero sus manos, en el regazo, dibujaban un patrón: tres golpes, dos pausas, tres golpes. Los viejos lo reconocieron: S-O-S.

Otro de los activistas independentistas, Ricardo de Bombón y Bombón, ausente de las pantallas, reapareció en un rumor: poemas sin firma en los que el sujeto nunca era singular. *“Somos”*, *“andamos”*, *“recordamos”*. Las cosas que no tienen autor son imposibles de fusilar.

La opinión “pública” —esa estatua que el poder exhibía— seguía erguida, pero la multitud que pasaba por delante empezaba a esbozar pequeñas sonrisas. De vez en cuando, alguien dejaba una flor a su pie. Y un papel arrugado con una pregunta: “*¿Cuándo?*”



Capítulo IV — La Cláusula Técnica

Entre el 4 y el 6 de octubre de 2327

El borrador viajaba con pasaporte diplomático, a nombre de nadie. Llevaba dieciséis páginas y un anexo: mapas de centros de votación propuestos, protocolos de acreditación, trazabilidad del recuento, auditorías externas, sanciones por interferencia, vías de arbitraje. No era una proclama; era un manual.

—*La clave está aquí* —dijo la jurista israelí, marcando un párrafo con el dedo—: “*La consulta no tendrá efectos jurídicos inmediatos; su resultado se compromete a ser debatido en un foro mixto internacional y local, y eventualmente incorporado a un proceso de reforma constitucional conforme a los artículos...*”

—*...que no existen, por ahora* —completó Aguirreñón con una media sonrisa.

El estadounidense asentía:

—*Políticamente digerible. Técnicamente robusto.*

La diplomática noruega, que había guardado silencio, intervino:

—*Necesitamos una cláusula de protección para los votantes y los organizadores. Amnistía automática de facto —aunque no la llamemos así— y blindaje de datos personales. Si no, nadie se acercará a las urnas.*

Aguirreñón respiró hondo.

—*La llamaremos Cláusula de Integridad Cívica. Prohibición de persecución por participar, inmunidad para los observadores y compromisos explícitos del M.E.A.R., y firmados ante notario internacional.*

—*¿El Magnánimo Estado Al-Ándalus Renovado firmará?* —preguntó alguien.

—*El Magnánimo Estado Al-Ándalus Renovado firma siempre que pueda parecer magnánimo* —dijo Aguirreñón—. *Les daremos un espejo noble. Se mirarán en él.*

El documento circuló. En páginas discretas de ministerios y foros, aparecieron comentarios anónimos: “*Sería asumible.*” “*Es arriesgado, pero protege nuestra imagen.*” “*Conviene como válvula de seguridad.*”

El M.E.A.R., en su cúpula, leyó el texto y rió sin humor: aceptar ese papel era hacer una grieta en la muralla. Pero negarlo en redondo podía convertir la grieta en un boquete.

En Córdoba, el Consejo Supremo debatió durante horas. Finalmente, el portavoz anunció en rueda de prensa:

—*El Reino acepta estudiar un mecanismo de consulta no vinculante, siempre que se respete la Constitución Musulmana de 2114 y la unidad espiritual del Magnánimo Estado Al-Ándalus Renovado.*

A su lado, una pantalla proyectó los puntos que no aceptarían: símbolos “heréticos”, uso público del castellano en campañas, cualquier pregunta que contuviera las palabras “independencia” o “secesión”.

Aguirreñón sonrió sin alegría.

—*Nos han regalado la mitad de un puente* —dijo—. *Nosotros llevábamos la otra mitad en la mochila.*

Esa noche, Sara recibió un archivo cifrado que pesaba menos que una canción: instrucciones para camuflar urnas como botiquines de emergencia, escuelas que volverían a abrir por un día, claves de acceso para observadores encubiertos. La técnica era impecable. La historia, todavía incierta.

Capítulo V — El Ultimátum

10 de octubre de 2327

La respuesta llegó con tambores.

El Magnánimo Estado Al-Ándalus Renovado difundió el *Decreto de Custodia Pública*: por el que toda plaza podría convertirse en “espacio de seguridad” bajo control militar si así lo requería la paz y lo ordenaba el Tribunal Supremo de la Sharía Constitucional. Los drones fueron equipados con cámaras de lectura labial; el castellano, incluso murmurado, sería catalogado. Los templos y las bibliotecas se declararon “zonas sin ambigüedad”: ni poemas ni papeles sin membrete oficial.

El régimen activó también el Sistema Algorítmico de Pureza Lingüística.

Cámaras faciales analizaban micro gestos asociados a vocales castellanas.

Si el sistema detectaba “fonemas sospechosos”, marcaba al sujeto con un código invisible que se activaba en los controles posteriores.

No hacía falta detener a todos; bastaba con hacer imposible sentirse a salvo.

En paralelo, un ultimátum diplomático cruzó el Atlántico y el Báltico hacia la Casa del Norte:

—*Aceptaremos una “consulta de unidad” con cuatro opciones prediseñadas:*

1. *Renovación del pacto de 2114,*
2. *Autonomía cultural bajo supervisión lingüística,*
3. *Estatus especial dentro del Al-Ándalus Renovado.*
4. *Deberán votar todos los súbditos del Magnánimo Estado Al-Ándalus Renovado*

El punto 4 incluía a los ciudadanos de las regiones de Libia, Túnez, Argelia y por supuesto de las de Marruecos.

-Este es un cambio fundamental en la Constitución que nos une a todos y entre todos los que le debemos obediencia, decidir nuestro futuro , repetía a los medios el ministro Osama Hamas Botarr obviando que esa Constitución había sido impuesta a los ciudadanos de la Antigua España y de la Antigua Portugal tras los acontecimientos que llevaron al Decreto de Nueva Base.

Y cualquier otra pregunta sería considerada sedición.

El documento, frío como una cuchilla, venía acompañado de sonrisas públicas: ruedas de prensa donde ministros de países respetables repetían que la ley es la ley y que las constituciones no se plebiscitan. Eran declaraciones limpias, con el perfume pulcro de la estabilidad.

Quino Aguirreñón leyó en silencio, solo. La ventana mostraba el canal como una vena azul bajo la noche. Sabía que, si aceptaba, las urnas serían cajas musicales: tocarían la

melodía que otros hubiesen programado. Si rechazaba, el Magnánimo Estado Al-Ándalus Renovado tendría excusa para encender la maquinaria total.

Marcó un número seguro.

—*Sara* —dijo, cuando oyó su voz—. *Si lo intentamos, habrá heridos. Si no lo intentamos, habrá olvido.*

Al otro lado de la línea, Sara escuchaba desde el pasillo del Hospital Viejo. El aire olía a yodo, lejía y sudor seco; en los pasillos, un hilo de sangre se mezclaba con el agua del fregado. Detrás de una puerta, alguien gemía en castellano, una lengua prohibida hasta para el dolor.

Ella apretó el comunicador con la mano vendada y cerró los ojos un segundo antes de contestar.

—*Lo sé* —respondió ella—. *Aquí nos estamos quedando sin sinónimos para la palabra miedo.*

En las cárceles, un rumor golpeó las paredes. Julián Abascal había sufrido un desvanecimiento; los boletines oficiales hablaron de “fatiga”.

Sonia Quiles fue trasladada a un centro “más adecuado”.

Ricardo de Bombón y Bombón dejó de recibir la poca luz que tenía: la ventanilla fue sellada “por mantenimiento”.

A media tarde, En Madrid, una cadena de comercios desplegaron de forma coordinada , carteles bilingües: “Salud y pan / صحة وخبز” con un lazo amarillo.

El régimen se apresuró a ordenar el cierre de esas calles y a retirar los carteles, pero no pudo evitar que la foto recorriera los teléfonos como una plegaria invertida.



A medianoche, en la Casa del Norte, Aguirreñón redactó su respuesta: una carta breve, sin florituras, dirigida a todos y a nadie.

“*Aceptamos la consulta bajo observación plena, pero no aceptamos la amputación de la pregunta. Una mayoría no puede expresarse con vocabulario prestado. Si la ley sirve a la vida, que la ley nos oiga con nuestras palabras. Si no, estaremos obligados a decir lo mismo en silencio.*

Firmado: Quino Aguirreñón.”

Envió el mensaje y apagó la luz.

En Toledo, Sara guardó las instrucciones en un frasco de medicinas con etiqueta falsa.

En Valladolid, el vendedor de castañas susurró “**pronto**” en lugar de su pregón.

En Córdoba, alguien —nadie— reescribió un versículo en la puerta de un ministerio:

“La fe sin voz es sombra.”

El amanecer no trajo respuestas. Trajo patrullas.

El tablero estaba dispuesto.

La pieza siguiente —una consulta celebrada a medias, o impedida con todo— quedaba suspendida como una nota sin resolver.

Capítulo VI – La Noche previa al Referéndum

Toledo, 12 de octubre del año 2327.

El silencio tenía la densidad del miedo.

Las calles empedradas, que de día hervían de turistas del sur con sus túnicas verdes y sus cámaras de visión térmica, estaban ahora vacías, salvo por algunos grupos que caminaban deprisa, mirando al suelo. En las esquinas, los drones del Cuerpo de Observancia Constitucional flotaban en círculos lentos, iluminando con su ojo azul los muros donde, horas antes, alguien había pintado en castellano una sola palabra:

había pintado



Mateo del Río apretaba el paso. Llevaba la barba sin afeitar, el abrigo raído y una mochila al hombro con un proyector portátil, una batería solar y un viejo códice prohibido. A su lado, caminaba Sara Alarcón, joven médica del Hospital Viejo, hija de un imam y nieta de una maestra fusilada por enseñar en español. Era su enlace con el Consejo de Coordinación Democrática, el grupo que había organizado, en la sombra, el referéndum de autodeterminación, sin mediar anteriormente acuerdo alguno con el M.E.A.R.

En una casa sin número del barrio de San Miguel, los esperaban otros ocho. Entre ellos, un ingeniero de datos, una monja expulsada por traducir el Corán, y un niño de apenas catorce años que manejaba con destreza los enrutadores ocultos que conectaban las urnas electrónicas al satélite clandestino “Libre-1”. Era un país en miniatura, escondido bajo la piel de otro.

A medianoche, las puertas se cerraron. Mateo tomó la palabra:

—Hermanos... hoy no decidimos solo sobre el futuro. Hoy recordamos quiénes fuimos.

Una luz cálida se encendió. En la pared apareció el mapa de la vieja España, con sus provincias borradas de los libros escolares. Algunos no pudieron evitar las lágrimas. Por un instante, el tiempo se rompió.

El niño, desde un terminal, anunció:

—Red establecida. Nodos conectados en 42 ciudades. Entrada de los recuentos de las urnas ya consolidados.

—¿Madrid también? —preguntó Sara.

—Sí, pero hay interferencias. El gobierno ha lanzado el protocolo “Pureza 77”. Están bloqueando el tráfico lingüístico no árabe.

Un silencio tenso.

De pronto, el ruido de hélices llenó el aire.

Los drones.

Un haz de luz atravesó la ventana.

—¡Apagad todo! —gritó Mateo.

La habitación se sumió en oscuridad. En la calle, se oyeron pasos metálicos, los Guardianes de la Fe Constitucional registraban casa por casa.

En un rincón, Sara temblaba. Mateo le tomó la mano.

—Pase lo que pase —susurró—, lo importante es que intentemos votar.

—¿Y si no? ¿Y si nadie lo sabe?

—Lo sabrán. La historia siempre encuentra su forma de escribirse.

Entonces, una explosión sacudió la puerta.



Los drones irrumpieron disparando destellos cegadores. Entre las sombras, algunos guardias llevaban colgado del cuello un dispositivo brillante: correctores fonéticos portátiles. Si alguien gritaba en castellano, la máquina emitía un chorro de sonido ultra frecuencia que hacía imposible continuar la frase.

La obediencia, convertida en eco. Era dolor silencioso, diseñado para no dejar moratones.

También llevaban sus armas láser reglamentarias. Los cuerpos se dispersaron entre gritos, cables y humo. Mateo fue el único que no sobrevivió.

Y, cuando todo acabó, el reloj marcaba las 3:14 de la madrugada. El archivo central del referéndum fue destruido, pero una copia había sido transmitida segundos antes a través del satélite “Libre-1”, codificada en verso, en castellano.

Solo un hombre sabía cómo descifrarla.

Capítulo VII — El día de la consulta

13 de octubre de 2327

No hubo amanecer; hubo sirenas.

Desde antes de la primera hora, la Guardia de Observancia patrulló con refuerzos venidos de Libia, Túnez, Rabat y Marrakech. Los drones volaron bajo como halcones enseñados a oler el miedo. Las plazas amanecieron valladas, y sin embargo, las colas —discretas, obstinadas— se formaron igual que el agua busca su cauce.

La copia transmitida segundos al satélite “Libre-1”, una vez descifrada, permitiría tener un censo formal y hacer la votación.

En Toledo, las urnas eran botiquines blancos con cruces antiguas dibujadas por manos infantiles.

En Zaragoza, las escuelas abrieron “por limpieza” y entró más polvo del previsto: polvo de pasos.

En Madrid, los sótanos de las parroquias respiraron como pulmones viejos y en Valladolid, se votó a la sombra de un mercado, entre las cajas de fruta apiladas como murallas mínimas.

En la entrada de un centro improvisado, una anciana tomó la mano de Sara.

—Nunca pensé que volvería a votar —susurró, con lágrima contenida—. Me prometí que si tenía una última oportunidad, caminaría, aunque fuese arrastrándome.

Sara le apretó la mano como quien sujetá una bandera que no quiere caer.

Hubo golpes: porras sobre pancartas, botas sobre papeles, manos arrancando carteles donde una sola palabra se repetía en castellano: “Votaremos.”

Hubo también caminos de hormiga: mujeres que escondían papeletas en los moños, ancianos que caminaban lento para tapar con sus cuerpos el acceso a una mesa, niños que jugaban a despistar drones con cometas de aluminio.

La Guardia cerró centros, confiscó urnas, derribó puertas. Los observadores —metidos en chaquetas que eran más credenciales que abrigo— documentaron lo que pudieron: cifras, imágenes, heridas.

La ley, aquel día, fue un conjunto de sombras. La voluntad, una suma de luces.

Al caer la tarde, se activaron los puntos de consolidación: clínicas y bibliotecas, carpinterías y garajes donde se reunían actas con la precisión de un relojero. A las 23:59, Libre-1 recibió un caudal de datos que ningún cortafuegos pudo tragar entero.

El recuento, aún mutilado por la violencia y la confiscación, logró recuperar votos equivalentes al 45% del censo. Nadie había prometido un milagro; se obtuvo, sin embargo, algo más difícil: la evidencia

De ese universo de papeletas salvadas por la astucia de voluntarios, mensajeros y observadores —urna por urna, cura por cura, vecino por vecino— el recuento arrojó un resultado aplastante: **90,18% a favor de la independencia, 7,83% en contra** y 1,98% voto en blanco. Cifras que, más allá de su valor jurídico, poseían una carga moral que atravesó fronteras y resonó en capitales lejanas.

A las 02:14, un comunicado breve, seco como un hueso, se difundió desde servidores de Bruselas-2 y desde teléfonos escondidos bajo mantas:

“Resultado provisional con actas verificadas:

Participación: 45% del censo
Sí: 90,18%
No: 7,83%
En blanco: 1,98%”

Sara Alarcón leyó las cifras con las manos manchadas aún de yodo. Sonrió sin sonrisa: no era la llegada, pero era dirección.



En su celda, Sonia Quiles escuchó el rumor por los tubos de la calefacción: tres golpes, pausa, tres golpes. Alguien deletreó los números. Ella cerró los ojos y repitió cada cifra como un salmo.

Julián Abascal, con los labios heridos, trazó en el aire un gesto militar que era también una bendición.

Ricardo de Bombón y Bombón apoyó la frente contra la pared: “*Somos nosotros*”, pensó, “*los que aún estamos*.”

En la Casa del Norte, Aguirreñón no celebró. Solo escribió una frase:
“*El pueblo habló bajo lluvia y cristal roto. Las cifras no son perfectas; son indelebles.*”

Dos días después, el silencio terminó.

Capítulo VIII — El mensaje del Rey Hassan VI

16 de octubre de 2327

Las prisiones de Al-Kalat olían a piedra vieja y desinfectante. En los pasillos no había relojes: el tiempo se medía por el sonido metálico de las bandejas y por el zumbido eléctrico de las puertas que se abrían y cerraban a ritmos distintos cada día.

Aquella tarde, los tres líderes fueron llevados al mismo patio por “razones médicas”. En realidad, los guardias querían filmar un encuentro “espontáneo” para un documental de reconciliación nacional. Les ordenaron sentarse bajo una parra sin hojas.

Julián Abascal caminaba despacio, apoyado en un bastón improvisado.

Sonia Quiles, más pálida, aún conservaba la firmeza de los ojos.

Ricardo de Bombón y Bombón tenía la barba crecida y las manos manchadas de tinta: seguía escribiendo poemas en los márgenes de los informes disciplinarios.

—*Nos han dado veinte minutos* —susurró Sonia, mirando la cámara que parpadeaba al fondo.

Abascal respiró hondo.

—*Veinte minutos pueden ser toda una guerra si se saben usar bien.*

Ricardo sonrió con una mezcla de ironía y cansancio.

—*A veces creo que somos solo decorado. Personajes que el régimen deja vivos para mostrar que perdonan.*

—*Mientras respiremos, no somos decorado* —dijo Sonia—. *Somos subtítulos que aún no han podido borrar.*

Abascal miró el suelo.

—*¿Crees que alguien ahí fuera sabe que seguimos aquí?*

Sonia asintió.

—*Sara lo sabrá. Y Aguirreñón también. Ninguna palabra muere si alguien la repite.*

Ricardo, con un trozo de carbón, escribió rápido sobre el suelo polvoriento:

“*Lo que no pudieron confiscar fueron los ojos con los que miramos el futuro.*”

Lo que no pudieron confiscar fueron los ojos con los que miramos el futuro.

Un guardia gritó su nombre. Las cámaras se acercaron. Sonia lo borró con el pie.

Cuando los separaban de nuevo, Abascal susurró:

—*¿Y si no llega a cambiar nada?*

Sonia respondió sin dudar:

—*Entonces habremos sido la prueba de que podía cambiar.*

La puerta metálica se cerró con un golpe seco. El eco duró más que la luz.

Dos días después del escrutinio parcial, el Rey Hassan VI habló a la Nación. Lo que muchos esperaban que fuese un gesto de reconocimiento, o al menos de contención, fue en cambio un estallido de ironía brutal: un discurso hecho para apagar la llama, no para escucharla. En lugar de comprender el mensaje que sus súbditos acababan de enviar, lanzó una advertencia dura, casi un decreto de guerra psicológica: un llamado a sofocar de inmediato “las amenazas a la unidad espiritual” y a restablecer el orden por todos los medios necesarios.

La cadena de mando quedó activada. Los días siguientes serían de clausura, patrullas y respuestas públicas calculadas para mostrar que la Constitución Musulmana de 2114 no admitía rendijas. El tablero volvía a moverse, con piezas pesadas y con el mundo observando, inquieto.

La transmisión se anunció con trompetas digitales. Las pantallas del Reino mostraron un salón inmenso, alfombras con motivos geométricos y un trono sobre el que el Rey Hassan VI parecía más estatua que hombre. Cuando habló, su voz tuvo la textura de un decreto:

—*Súbditos del Magnánimo Estado Al-Andalus Renovado: la unidad espiritual del Al-Ándalus Renovado no se negocia. Lo ocurrido no fue una consulta: fue un acto de sedición tutelado por potencias extranjeras y por apóstatas de la fe constitucional. La ley es la ley. A quienes buscáis quebrarla, os daremos educación o castigo. Y a quienes creéis que las cifras pueden sustituir a Dios y a la Constitución, os recuerdo: no habrá independencia, ni hoy, ni en mil años.*
En las próximas horas, restableceremos el orden. Y quien se oponga conocerá la firmeza del Reino”.

Las últimas palabras cayeron como piedras en agua quieta.

El comunicador se apagó; las patrullas comenzaron a moverse antes de que la tinta del discurso llegara a secar.

Redadas en barrios enteros. Detenciones de organizadores sanitarios, de maestros, de ancianos cuya responsabilidad había sido arrastrar una urna bajo su chaqueta. Los observadores fueron escoltados fuera con una cortesía que olía a expulsión.

Los informativos, homogéneos como un muro, repitieron una idea sencilla: “*La estabilidad es la paz. Las cifras son un espejismo.*”

En el exterior, algunos gobiernos ofrecieron declaraciones ambiguas: respeto a la legalidad, preocupación por los incidentes, llamada al diálogo. En privado, algunas cancillerías sondaron a Aguirreñón: “*¿Resistirán? ¿Qué garantías reales tenéis?*”

La represión fue minuciosa, quirúrgica. No hubo grandes carnicerías; hubo mucho miedo. Bastaba.

Sara escondió material médico entre sacos de harina. Ayudó a sacar de la ciudad a dos

coordinadores de mesas, con las manos aún tintadas. Durante una madrugada sin luna, levantó una guardia de silencio frente a la puerta del Hospital Viejo: cada paciente al que había curado era un voto que la noche intentaría borrar.

En las celdas, llegaron mensajes de “reconciliación”: si Abascal, Quiles y Bombón se desmarcaban del proceso, si lo llamaban “error”, si aceptaban su papel en la nueva narrativa, serían trasladados a módulos con luz.

Julián miró sus manos viejas. Sabía de tácticas y de tiempos; pronunció, ante una cámara, una frase neutra que los telediarios convertirían en rendición.

Sonia se negó. La cambiaron de celda y le quitaron los libros. A través de los conductos, alguien le hizo llegar, a lápiz, un solo verso que había escrito Ricardo: “*No se firma la verdad: se la soporta.*”

Quino Aguirreñón, desde Bruselas-2, envió una declaración que no era un grito ni una súplica:

—“A pesar de la confiscación de urnas con más de dos millones de votos, un 45% del censo pudo hablar a pesar de las condiciones de hostigamiento, y un 90,18% dijo “Sí”. *Esto no es un capricho ni una astracanada: es una señal. No pedimos venganza: pedimos una segunda vuelta digna, con garantías plenas. Reiteramos la oferta de observación total. Repetimos la pregunta con luz.*”

Hubo quien apagó la pantalla. Hubo quien guardó la frase en el bolsillo.

La noche, esa noche, no terminó. Se alargó como si el Reino hubiera decidido postergar el alba.

Capítulo IX – El Juicio de los Doce

Del 20 al 21 de octubre de 2327

Los juicios comenzaron al amanecer, en el Tribunal Supremo de la Sharía Constitucional.

Las columnas neoclásicas habían sido cubiertas con versículos del Corán y banderas del Reino. La estatua de la justicia, que antes sostenía una balanza, portaba ahora un puñal y una tablilla con la inscripción: “*La ley es la fe.*”

Los acusados entraron esposados.

Doce en total. Doce como los apóstoles de una fe prohibida.

Entre ellos estaban Julián Abascal, Sonia Quiles y Ricardo de Bombón y Bombón.

El juez ayatolá Osama Ibn-Faruk leyó la sentencia preliminar en árabe.

Las cámaras oficiales transmitían en directo, con subtítulos obligatorios en la lengua del Reino.

Cualquier palabra en castellano estaba censurada con un pitido grave.

—*Se les acusa de atentar contra la unidad espiritual del Al-Ándalus Renovado, de blasfemia constitucional, y de promover la idolatría del pasado hispano* —recitó el juez.



Sonia respiró hondo antes de ponerse en pie. Tenía miedo. Lo sentía temblar en el hueco del estómago, como si cada gesto pudiera desencadenar un derrumbe.

—No soy valiente — se dijo en secreto—. Solo recuerdo demasiado.

Y fue ese recuerdo —su abuela susurrándole cuentos prohibidos en castellano mientras bordaban en una tarde de verano— lo que le sostuvo las vértebras

Sonia Quiles, erguida en su banco, interrumpió:

—*Con todo respeto, señoría, no hay delito en querer recordar quiénes fuimos.*

Un murmullo recorrió la sala.

El juez golpeó con el martillo.

—*¡Silencio, infiel! ¡Su idioma está proscrito!*

—*Y sin embargo, usted lo entiende* —replicó Sonia con calma.

En la galería, la multitud contenía el aliento. Por un instante, el eco de aquella frase pareció resquebrajar los muros.

Julián Abascal, el más veterano, pidió hablar. Su voz era grave, templada por los años:
—*Mis antepasados juraron servir a esta tierra. Fueron soldados, campesinos, maestros...*

Y hoy, tres siglos después, yo juro lo mismo: servirla, aunque ya no se llame España, aunque la hayan cubierto de nombres ajenos.

El juez lo interrumpió:

—*Reconoce, entonces, su crimen.*

—*Reconozco mi fidelidad* —respondió Abascal—. *A un país que ustedes quisieron borrar, pero que sigue latiendo en la lengua de sus nietos.*

El público estalló en aplausos, antes de que los drones de seguridad lanzaran descargas eléctricas sobre los asientos.

Sara Alarcón, entre la multitud, sintió el olor a ozono y miedo.

La sesión fue suspendida.

Los acusados fueron conducidos de nuevo a las Mazmorras de Al-Kalat, antiguas bodegas reconvertidas en prisiones de disidentes.

Allí, en la penumbra, Ricardo de Bombón y Bombón escribió una frase en el muro, con un trozo de piedra:

“*No luchamos por volver al pasado, sino por tener uno propio en el futuro.*”

Capítulo X – El Éxodo de Toledo

23 al 26 de octubre de 2327

Tres días después del juicio, las plazas ardían. Los drones proyectaban sobre las fachadas el rostro de Quino Aguirreñón, con la palabra “*TRAIDOR*” escrita en árabe caligráfico.

El gobierno ayatolá había declarado el Estado de Pureza Lingüística, prohibiendo toda comunicación pública en castellano y suspendiendo los enlaces con la Confederación Europea.

Pero ya era tarde. Desde su refugio en Bruselas-2, ciudad suspendida sobre los canales reconstruidos del norte, Aguirreñón apareció en la red global “EurAether”, transmitiendo un mensaje holográfico que fue replicado por miles de nodos clandestinos:

*“A los pueblos de la vieja Hispania:
no soy un héroe, solo un exiliado con memoria.
No queremos destruir la fe de nadie, sino liberar el alma de una lengua.
Ninguna ley dictada bajo el miedo puede anular el derecho a existir.”*

Las palabras se expandieron como fuego.

En Toledo, en Zaragoza, en Madrid, los ciudadanos imprimieron su rostro en papeles reciclados y los colgaron en los balcones.

El régimen respondió con la brutalidad de siempre.

Se implantó la Puntuación Cívico-Lingüística.
Quien hablaba árabe puro recibía acceso preferente a alimentos, medicinas y permisos laborales.

Los que se equivocaban —los que arrastraban una “ll”, una “ñ”, un acento antiguo— veían caer sus puntos como arena entre los dedos.
Y con ellos, su vida civil.

Sara Alarcón atendía heridos en el Hospital Viejo cuando los Guardianes de la Fe irrumpieron buscando “insurgentes lingüísticos”. De ellos le mostró un cartel con el retrato de Aguirreñón.

—*¿Ha visto a este hombre?* —preguntó.

Sara lo miró a los ojos.

—*Solo en sueños* —respondió.

Esa noche, miles de personas marcharon hacia el norte. Era el *Éxodo de Toledo*: hombres y mujeres dejando atrás sus hogares para cruzar clandestinamente los Pirineos y unirse al territorio neutral europeo.

Llevaban libros escondidos bajo la ropa y un juramento en los labios: "Volveremos cuando se pueda hablar sin miedo."

Quino Aguirreñón, desde su refugio de cristal, los observaba en las pantallas del exilio. Sabía que no podía volver. Sabía también que su nombre ya no era solo suyo. Era el de todos los que se negaban a olvidar.

Mientras tanto, en Córdoba, el Consejo Supremo debatía aplicar el Decreto de Silencio Absoluto: borrar de los registros digitales toda referencia al idioma castellano, sus autores y su historia.

Un ministro lo resumió con frialdad:

—No se mata una idea fusilando a sus hombres. Se la mata borrando sus palabras.

Pero esa noche, alguien escribió en los muros del viejo Alcázar:

"Las palabras no mueren, solo se esconden."

Y debajo, una firma que nadie había visto desde hacía tiempo:

Quino Aguirreñón.

Capítulo XI — Las celdas de Al-Kalat

De noviembre de 2327 a febrero de 2328

La noche en que los gritos se apagaron fue distinta. No fue la violencia que rompe cristales ni la luz que desvela huidas; fue la violencia paciente, la que se inventa palabras para convencer al alma de que ha perdido su nombre.

Julián Abascal entró primero, sin clamar, con la voz ya gastada de años de juramento. Lo condujeron por túneles de piedra hasta una celda rectangular que olía a humedad y a tinta vieja. A su lado, Sonia Quiles mantenía la espalda recta, como si el gesto fuera ya el único tribunal que le quedara. Ricardo de Bombón y Bombón fue puesto en una estancia distinta, sola y con una ventana tan pequeña que la luz parecía un recorte.

Los tratamientos eran sutiles. No bastaba con cadenas; había que pulir la voluntad. Los carceleros del régimen hablaban de «reeducación» y «armonización». En las primeras semanas, a los prisioneros les ofrecieron visitas de familiares —cada encuentro cuidadosamente coreografiado— y sesiones con psicoperitos que les recitaban extractos de la Constitución Musulmana de 2114, intercalados con versos coránicos y testimonios de arrepentidos famosos. En televisión, el Estado mostraba imágenes de los antiguos líderes sentados, cabizbajos, firmando declaraciones de contrición en árabe. Los subtítulos, generosos, explicaban que la unidad era la paz y que *la libertad sin ley era anarquía*.

Julián resistió con menos estruendo que antes; la edad había hecho una grieta que el tiempo agrandaba.

Sonia, más tozuda que nadie y pese a todo, mantenía el hilo de su defensa: cada noche repasaba en voz baja los artículos de los códigos que conocía de memoria, en castellano, como si recitar fuera una forma de mantener caliente el fuego.

Ricardo, por su parte, empezó a escribir cartas sin sello ni remitente: grafitos en el yeso de su celda, frases que nadie podía leer pero que le permitían sostener la identidad.

Pasaron meses. Los tribunales oficiales cerraron los casos con penas ejemplares y conmutaciones mediáticas: entrevistas donde los acusados, ante las cámaras, hablaban de «error de juventud» y de su «gratitud por la oportunidad de aprender». Fue la técnica perfecta: mostrar que la máquina era generosa, que la ley castigaba pero luego redimía. Aquellos que no cedían del todo fueron enviados a centros más remotos; la prensa internacional habló de «procesos justos». Muchas democracias europeas —por razones geopolíticas y por la persistencia del marco legal que proclamaba la indivisibilidad del Al-Ándalus Renovado— reconocieron formalmente los juicios. Había, en ese reconocimiento, una pena doble: el exilio de la esperanza dentro del propio cuerpo político.

Aun así, no todo estaba domado.

En la oscuridad de una celda, Sonia talló con una uña en la piedra una fecha: la del supuesto futuro nuevo referéndum. Julián recitó, una noche, los nombres de sus padres y de sus soldados caídos, como si nombrarlos fuera un rito. Ricardo dejó, escondida entre dos piedras sueltas, una colección de poemas en castellano que juró no pronunciar en voz alta. Eran actos pequeños, casi estúpidos para un Estado que se creía dueño de la historia, pero esos actos eran resistencia en su forma mínima: mantener un recuerdo, cifrar una memoria.

Y mientras los tres desaparecían de la vida pública, algo distinto ocurría afuera. La «normalidad» que el régimen proclamaba tenía grietas: una canción en castellano que los ancianos enseñaban a los nietos; un grafiti que reaparecía como si la pared misma tuviera ganas de hablar; una mano anónima que cambiaba una placa municipal por otra con un nombre antiguo. La doma había conseguido muchas cosas: compró la obediencia de algunos, la sumisión de muchos, la pasividad de la masa. Pero no había conseguido amputar el rumor.

Capítulo XII — La esperanza

19 de marzo de 2328

La ciudad había aprendido a respirar por branquias. De día obedecía con gesto resignado; de noche buscaba microfisuras por donde entrara oxígeno. En el sótano de una biblioteca, un ensayo de coro en castellano afinaba a media voz; en un aula con rótulo de *“historia de plantas”*, se repasaban fechas; en el mercado central, los precios se regateaban con versos que rimaban con “sí”, sin que nadie lo advirtiera en voz alta. Así se tejía la supervivencia: con cuidados invisibles, con rutinas mínimas que devolvían a la lengua un latido cotidiano.

Aguirreñón viajó en silencio. No dejaba sellos; los sellos dejan huellas. En Oslo-9 se sentó ante un comité hecho de nieve y procedimiento; en Washington-Arlington, un subsecretario prometió “apoyo técnico” —la forma más tímida y, a veces, más útil de ayuda—; en Tel-Aviv-Harbour, una organización civil ofreció una red de observadores con experiencia en zonas grises. No eran reconocimientos; eran palancas. Cada conversación abría un resquicio regulado: protocolos, auditorías, cadenas de custodia, esa ingeniería fría que a veces permite que la política respire.

En Toledo, alguien llamó con los nudillos a la puerta de la consulta de Sara Alarcón. Era una niña con un sobre; dentro, actas recontadas de un pueblo pequeño donde la violencia no había llegado. Números modestos, como migas de pan.

—*Mi abuelo dice que no nos olviden* —susurró la niña.

—*No* —respondió Sara—. *No os olvidaremos*.

En las prisiones del sur, las noticias llegaban como astillas de madera. Julián Abascal escribió una carta sin destinatario: *“El enemigo no era el miedo, era el cansancio.”*

Sonia Quiles, en su línea, se negó a firmar el papel que la convertiría en ex-ella.

Ricardo de Bombón y Bombón rehizo de memoria el mapa de una España no dibujada en los libros del Reino y lo mostró a un carcelero joven; por un segundo, el muchacho no supo qué hacer con una información que no sabía a delito.

Eran actos mínimos —casi ridículos ante la maquinaria—, y sin embargo ahí vivía la resistencia: en conservar una memoria que no entra en los formularios.



Las cancillerías hablaban con una ambigüedad disciplinada: respeto a la legalidad, preocupación por los incidentes, llamada al diálogo. En privado, algunas oficinas aceptaban la gramática de Aguirreñón: una consulta supervisada, con observadores,

para verificar la voluntad popular; un eufemismo con dientes que permitía colarse por el mecanismo de decisión sin dinamitarlo. Israel y Estados Unidos tanteaban apoyos condicionados; los países nórdicos ofrecían protocolos de auditoría y protección de datos. Nadie reconocía la independencia; sí se consolidaba la rendija procedural: más observadores, más trazabilidad, más luz.

“Una consulta no es enemiga de la ley; es la forma civilizada de permitir que la ley se actualice”. Que se vote en todo M.E.A.R. pero se respete la voluntad de los súbditos de la Antigua España”, repetía Quino Aguirreñón, afinando la narrativa como un instrumento.

Mientras tanto, la calle mantenía un diálogo subterráneo con el miedo. Las redadas se multiplicaban, pero la obediencia comenzaba a parecer teatro: de día se asentía; de noche se recordaba. Un vídeo clandestino de Sonia —los labios articulando un artículo inexistente contra la amputación de la lengua— corrió por mercados y talleres; el pitido de censura tapó la frase, no su boca. En la televisión, Abascal agradecía su “reeducación”, pero sus manos, en el regazo, marcaban tres golpes, dos pausas, tres golpes. Los viejos entendieron: S-O-S. Ricardo reaparecía como rumor plural: *“somos, andamos, recordamos”*. Las cosas sin autor son imposibles de fusilar. En la base de la estatua de la opinión pública, cada tanto aparecía una flor y un papel arrugado con una pregunta: *¿Cuándo?*

Quino Aguirreñón, de vuelta en la Casa del Norte, cosía los hilos con paciencia: misiones de verificación, cláusulas de integridad cívica, garantías para observadores desarmados. No eran titulares; eran condiciones de posibilidad. *Primero el reflejo, luego la imagen real*, había dicho a los suyos. En público, los gobiernos repetían solemnemente la necesidad de obedecer a la Constitución Musulmana de 2114 y a la unidad nacional; sin embargo, en privado, aceptaban la mesa técnica que preparaba el terreno para una segunda consulta con luz.

Y, sin embargo, la esperanza no estaba sólo en los despachos. Corría por redes de barrio, por parroquias desmanteladas que ahora eran bibliotecas, por consultas donde Sara guardaba tarjetas con nombres y días. La cifra del 90,18% no era un decreto; era un recuerdo indeleble que organizaba la respiración del futuro. El 45% del censo recuperado —con actas reconstruidas y votos salvados— funcionaba como un juramento discreto: volver a preguntar con observadores más fuertes y preguntas sin amputar.

Esa noche, alguien tarareó una melodía antigua. No era himno ni marcha, sino una canción popular que hablaba de volver a casa después de mucho caminar.

Las notas viajaron por las ventanas, discretas como mariposas nocturnas.

Nadie la cantó en voz alta. Nadie necesitó hacerlo.

CALLOS A LA MADRILEÑA

Limpiar en en aguarrí fria, secarla y se peces. En cocida con sal, los pocadios, la-orcillas, chorizos, y lojas de loaf y clávo por unos 3 horas. Separar clobanlenos y acoder y ajos cuebollas y ajos finamente en mantequilla en mantequilla harina. Agregar harina y paprika, en un cuchará- rado caldo del hecho. Meter los enjujado, con coclar el cabo de los que se recobara, y el gamón hilo en la huevo, agueñita el jamón. Recogerr el jamón y el rellener en lagalamente todos los ingredientes en una hora.



¿Que nos depara el futuro? Lo que viene puede ser una consulta repetida, una negociación más transparente, o un nuevo intento aplastado por la fuerza. No lo sabemos.

Lo cierto es que Gómez de Lara, actualmente Quino Aguirreñón, se ha vuelto símbolo incompleto pero necesario; que Abascal, Quiles y Bombón siguen respirando en las celdas; que los libros no dejan de cambiar de manos; y que, en las plazas, esa pregunta de papel arrugado se ha transformado en murmullo:
—*Pronto.*

Epílogo

Esta narración no pretende dictar una verdad, sino ofrecer un espejo.

Un espejo para quienes, desde la distancia o desde la comodidad de lo dado, redujeron un proceso complejo —el “*Procès*” de Cataluña— a un simple ejercicio de desobediencia o a una anomalía histórica. La historia rara vez es tan lineal.

Este relato pretende, ante todo, ser una invitación a mirar de nuevo, a cuestionar las verdades oficiales y a preguntarse cuántas veces el poder, cualquiera que sea su forma o bandera, ha intentado reescribir la conciencia de los pueblos a fuerza de uniformidad.

Deliberadamente, esta novela ha silenciado muchos matices y episodios, no por olvido, sino por ritmo narrativo. En su trasfondo laten realidades históricas que merecen recordarse.

Cataluña fue durante siglos una nación soberana en un contexto político completamente distinto al del siglo XX: con instituciones propias, Cortes que deliberaban en nombre del pueblo, y unas Constituciones Catalanas consideradas de las primeras de Europa en limitar el poder del monarca y reconocer la legalidad como pacto entre gobernantes y gobernados.

La historia posterior —las guerras, los decretos de Nueva Planta, la uniformización impuesta— no borraron esa memoria, solo la hicieron latente. El eco de aquellas leyes viejas y de su sentido pactista aún resuena, incluso cuando se lo intenta disfrazar de sentimentalismo o romanticismo anacrónico.

Tampoco se mencionan, por brevedad, otras simplificaciones que la sociedad contemporánea repite con una ligereza peligrosa. Se escucha, por ejemplo, que “el catalán es un dialecto del español”, afirmación que en el contexto de esta obra equivaldría al absurdo de sostener que “el español fue un dialecto del árabe”, basándose en la influencia lingüística de siglos de presencia musulmana. Bastaría repasar las palabras que comparten raíz árabe —acequia, ojalá, almohada, alfombra, azúcar, jarabe— para advertir que toda lengua es hija de muchas y que la identidad no se mide por pureza, sino por convivencia. La historia de las lenguas es también la historia de los pueblos que han aprendido a mezclarse sin dejar de ser quienes son.

En el mismo sentido, se repite que en el referéndum catalán “la única violencia fue la de los que protegían las urnas”.

La historia, sin embargo, recordará otra cosa: que quienes resistieron lo hicieron sin armas, con las manos abiertas; que su delito fue querer votar y su defensa, la desobediencia civil pacífica.

En el universo de esta novela, esa paradoja se representa con un espejo distópico: un pueblo que, siglos después, vive bajo un poder extranjero que prohíbe su lengua y su voto, pero

donde la semilla de la resistencia sigue siendo la misma —no el odio, sino la dignidad de quien desea poder decidir.

Esta obra, por lo tanto, no busca ofrecer soluciones ni justificar errores.

Aspira a algo más simple y humano: recuperar la capacidad de empatizar con el otro, incluso con aquel con quien no compartimos símbolos ni himnos.

El pueblo del futuro que aquí se describe —oprimido por la Ley del Magnánimo Estado Al-Ándalus Renovado— es una metáfora de todos los pueblos a quienes se les ha negado el derecho a nombrarse, a decir “nosotros” con su propia voz.

Porque cuando una lengua se prohíbe, no se silencia solo un idioma: se apaga una forma de pensar, de amar y de recordar.

Y si algo sobrevive a los imperios, a las leyes y a las censuras, es precisamente eso: **la memoria de los que no renunciaron a hablar.**